



Tres intentos de comunicación

I. — CANAL CERO DE TELEVISION — "On"

Entro a casa y todo mundo está en la sala, mirando la televisión. Mi esposa y los dos niños. Pregunto qué hay para cenar. Mi esposa dice "hola" e indica a uno de mis hijos que la imagen necesita ajuste. La perrita, "Wendy", se agita llena de vida al verme y yo le hablo en diminutivos hasta que alguien dice "Shh!".

Enciendo un cigarrillo en camino a la cocina, donde abro el refrigerador y murmuro lo de siempre, que esta gente se bebe toda el agua y que nunca se molesta en volver a llenar las botellas. Llamo a mi mujer, pero no contesta porque no oye o porque no quiere. Doy un portazo al refrigerador, haciendo tintinear las botellas vacías. Vuelvo a la sala y encuentro el libro que regalé a mi mujer el día de sus cumpleaños. Trato de leer cualquier página, pero por alguna razón no puedo. Descubro que estoy irritado.

Tiro el cigarrillo al suelo, donde pueda verlo mi mujer. Me planto frente al televisor. Pregunto a los niños si ya hicieron las tareas escolares y, sin esperar respuesta, los regaño porque de antemano sé que no las han hecho. A gritos los mando a estudiar y me dejo caer en un sillón.

Mi mujer se marcha a la cocina a sonar platos y cacharros y a dejar caer cubiertos al suelo. Por fin, desde el otro lado de la pared, avisa que la cena está lista. Lo repite tres veces pero no me doy por enterado porque acaba de empezar "Kojak".

Apenas si reparo en que los niños han regresado a la sala, para acomodarse a prudente distancia de donde me encuentro. Una voz que podría ser cariñosa advierte que si no comemos ahora la cena se va enfriar. Yo contesto qué ¡ujum! y todos nos ponemos a ver cómo se matan los hombreitos grises en el microcosmos de la pantalla tramada de rayas blancas, puntos negros y nieve electrónica que arranca reflejos acerados de nuestros cutis grasos; silenciosos inexpressivos suspensivos muellemente todos en el dulce trance audio-visual hasta que,

durante el comercial de coca-cola, les grito a los niños que si no les he dicho mil veces que vayan a hacer sus tareas y, a mi mujer, que a qué hora se come en esta maldita casa.

—"Off"

II. — CIERRE DE ESTACION

La imagen y el sonido comenzaron a desvanecerse, hasta desaparecer, el día en que con brazos, torso y tendones rabiosos, destruí el televisor y mi mujer dijo que yo estaba loco y se fue con los niños y la perrita "Wendy" a vivir a casa de mis suegros, donde nunca ocurrieron cosas como ésta y tienen un portentoso televisor a colores. Allí, a la hora del cierre de estaciones, a la hora en que el anunciador cede la palabra a "los amables televidentes" y es lícito hablar, conversan entre ellos sobre lo bien que hubiera estado que te casaras con el contador público y no con "ese hombre" y que todavía estás joven y mejor será que te divorcies y que los niños se vayan a estudiar a los Estados Unidos.

Hoy que volví a casa y reparé en todos los libros que nunca leíste, ordenados donde decoran mejor la sala, quise decirte que si por lo menos leyésemos juntos los mismos libros, podríamos protagonizar la más feliz de todas las telenovelas del mundo.

Pero no estabas allí. Comprendí entonces lo difícil que debe ser para ti, estar casado conmigo y no tener televisor.

III. — "RIN TIN TIN"

—¡Aló, "preciosa"!

—¡Ah!... Eres tú.

—Sí. Soy yo. ¿A quién esperabas?

—A nadie en particular. ¿Qué quieres? Dilo pronto que me estoy secando la cabeza...

—¡Bah! Eso puede esperar. Llamé sólo para preguntarte por los niños. Así que no te hagas ilusiones, "preciosa".

—Están bien. ¿Qué más quieres saber? Y deja de llamarme preciosa.

—¿Qué más...? Déjame ver...

Pues... ¿Y la "Wendy"?

—¿Qué? ¿Quién? No te olgo. Deja de murmurar por el teléfono.

—Díje: y la "Wendy". Tú sa-

bes, la perrita. ¡La perrita!

—¡No grites! Este... Se perdió. Desapareció de la casa hace más de una semana. Los niños están inconsolables, pero ya se les pasará. Papá les ha regalado un televisor nuevo para ellos solos. Si vieras que quietecitos se están...

—Dime, "preciosa": ¿Crees que la perrita vuelva a casa por sí sola? ¿Quiero decir si no crees que encuentre el camino de regreso?

—¡Por supuesto que sí! Los perros siempre lo logran. Mira, una vez pasaron por televisión una película de "Rin-tin-tin", en que unos bandidos van y le pegan un golpe en la cabeza que lo hace perder la memoria, pero al final encuentra de nuevo a su amo. Casi lloro... Te digo que casi lloro cuando vi al pobre de "Rin..." ¡Ah! Y en otra película, "Lassie", sabes a quién me refiero, a "Lassie..." ¡Aló, Aló! ¿Me estás oyendo?

—Sí, "preciosa". Te oigo. Sólo que estaba pensando en cómo hacen para saber si un perro tiene amnesia o algo así. Se me ocurre que la "Wendy" padece de amnesia y por eso no encuentra el camino de regreso. ¿No lo crees? Sabes lo que te digo: creo que se fugó con "Rin-tin-tin" y lo más seguro es que van a tener cachorros ilegítimos.

—¡Oye, no te pongas sarcástico conmigo o cuelgo ahora mismo! ¡Y ya te he dicho que no me llames "preciosa" en ese tono...!

—¡No, no, espera "preciosa"! No cuelgues. En serio. Lo digo en serio.

—¿Qué? ¿Lo de la amnesia?

—No. Lo de que se fugó con "Rin-tin-tin"...

—¡Oye! Creo que estás borracho y te estás burlando de mí.

—No. No lo estoy. Te juro que no. Mira cómo me detengo en un solo pie. ¡Mira, mira!

—¡Pero cómo quieres que te mire por teléfono! Estoy segura de que has bebido. ¡Déjame tranquila de una vez! ¡Adiós!

—¡Espera, espera! ¡No cuelgues! Lo que quieres decir es que la "Wendy" jamás volverá y ambos lo sabemos. ¿No es cierto?

—.....!

—¡Aló, aló! ¡"Wendy, Wendy"! ¡Aló! ¡Aquí, "Rin-tin-tin" al habla! ¡Aló, aló...!

México D.F., diciembre de 1979.

Por R. Harim-Varod

Mirador

Como Nueva York, como San Francisco...

Por Germán Arciniegas

MIAMI, FLA. Como San Francisco fue en buena parte obra de los italianos, y Nueva York de irlandeses, polacos y alemanes, Miami es poco menos que una creación cubana. Si los Estados Unidos han tenido en Castro un vocero insomne que les canta la diatriba, tienen en cambio que agradecerle la obra de los cubanos en Miami, seguramente lo más positivo que va a dejar el dictador. Con ese millón de hijos de Martí que el comunismo ha puesto fuera de la Isla, más de medio millón se ha instalado en Miami. A ellos se debe la más grande ciudad bilingüe de América, si no del mundo. Si cabe hablar hoy de una república de trabajadores cubanos, esa república es Miami, donde quienes huyeron de Cuba con cinco dólares hoy se han elevado a gerentes de Banco, directores de hospitales, dueños de periódicos, cafeterías, tiendas, edificios, fábricas, funerarias y cuanto es posible crear en una ciudad americana. La fuga vino a ser el estímulo para los del exilio, y lo único sensible es que una riqueza como esta haya parado en peregrina, y represente el fruto de un trabajo que, hecho en Cuba, hubiera sido el orgullo de la república.

Por lo demás, Miami es una de esas creaciones gigantes que puede recorrerse de punta a punta por carreteras aéreas, sin detenerse ante el parpadeo de un semáforo. Tomando por la punta de Miami el "turnpike", se puede llegar a Nueva York o a San Francisco sin sufrir los minutos de parada de una luz roja. Se cruzan de tal suerte, por el aire las carreteras dentro de la ciudad, que llega a haber un lugar en donde pasan unas sobre otras, ocho. Puentes de ocho pisos, en dónde cada piso va en una dirección distinta. Pero lo extraño no es este juego de caminos de cemento, sino ir a un restaurante y sentirse en el corazón de La Habana, hasta por lo extraño del nombre: el Versailles. Un Versailles criollo donde se comen tamales, plátano asado, carne molida, y los parroquianos conversan hasta el amanecer. El discurso de tres horas, ¿quién dijo que lo inventara Fidel? Mi amigo cubano me lleva del Versailles a la Universidad. Dura media hora buscando lugar para estacionar el automóvil. ¿Puede haber un estudiante, un profesor, un jardinero sin automóvil? Vamos a la biblioteca. Es cierto que encuentro a cuatro o cinco colombianos. Pero estudiantes, profesores, amigos, son en su mayoría cubanos. Abundan —es obvio— los poetas. Sacan en cuader-nillos sus colecciones de versos, sus novelas, sus ensayos. ¿Dónde comienza el inglés? En los hijos...

Angel Cuadra nació en La Habana en 1931. En 1959 publicó un primer libro de versos: "Peldaño". En 1967, por supuestos delitos políticos se le condenó a quince años de prisión. Puesto en libertad condicional en diciembre de 1976, fue encarcelado de nuevo en marzo de 1977 por haberse publicado en Washington su poemario "Impromptus". Hoy lleva doce años de cárcel. Juana Rosa Fitra, su editora, le escribe desde Miami, poemas. Para Angel Cuadra es su librito "Mar entre Rejas", Juana Rosa: Aquí la Realidad. Allí los sueños.

Vaso nuestro que estás en la historia

partido en dos, y el mar

creciéndote en el centro,

ya ganas transparencia de cristal.

Angel Cuadra, desde la cárcel, a Juana Rosa:

Llevo ya tanto tiempo

mirando desde aquí la vida

que parece que el mundo está partido,

que lo han cortado en dos.

Y tanto se ha acostumbrado uno a este pedazo

que imagina que es lo único que existe.

Es un agua cerrada

cuyos círculos van avanzando hacia dentro:

una piedra en el centro de un charco

me han destinado a ser...

Ahora Juana Rosa ha publicado otro libro de Angel Cuadra... Lo recibí por terceras manos — me dice— escrito en papillitos más pequeños que los que se usaban para envolver cigarrillos...

El hombre de fe

(Por Anónimo)

Con fe lo imposible soñar,
con fe en victoria marchar,
luchar y sufrir lo insufrible,
entrar do nadie puede entrar.

Lograr corregir el error,
seguir con arrojo y valor,
y aún fatigados tus brazos
formar una patria de amor.

Este es mi fin, una estrella alcanzar,
no importa cuán lejos
se pueda encontrar,
y sin desmayar, alcanzar esa luz.

Estar listo a bajar al infierno
y un cielo formar,
y yo sé que con fidelidad,

a este mi sueño ideal,
plantaré en cada corazón
a Jesús el Señor.

Y vendrá a mi patria de amor
primavera de Jesús el Señor,
si hubo quien soportando el dolor
logró como triunfo a Jesús.